

(Mitologías Antiguas: India 21, 22, 23)

BUDA EL ILUMINADO

5º

Juventud de buda

Los guerreros de los pueblos antiguos eran valientes en la guerra y fuertes en la batalla; y, aunque los reyes gobernaban a su gente con sabiduría y con justicia, había algo que se había perdido. Ese algo era la compasión y la misericordia. Por ejemplo, cuando un guerrero veía a su enemigo herido en el campo de batalla, mataba al hombre herido en lugar de perdonarle la vida. Y si un hombre estaba con hambre o sediento, nadie le ayudaba ni le daba comida. Las personas eran valientes o cobardes, verdaderas o falsas, justas o injustas, pero no eran amables ni gentiles. No tenían piedad cuando veían el sufrimiento del otro.

A la Ciudad Celestial, donde los dioses moran, un alma llegó ante los dioses: Brahma, Vishnu y Shiva y les dijo:

-Yo quiero enseñar al ser humano a tener piedad y compasión, pues ellos son crueles y de duro corazón, y no saben que aún podrían ser más crueles."

Brahma le contestó:

-Sólo un alma muy especial puede llegar a ser un Maestro de Bondad y Piedad. Sólo cuando hayas vivido, no sólo una vez, sino muchas veces; solamente cuando hayas sufrido el dolor y hayas conocido el dolor de las otras personas, sólo entonces puedes llegar a ser tal maestro. El nombre para tal maestro es Buda. Te tomará muchas vidas en la tierra expuesto a penalidades, dolor y sufrimiento para llegar a ser un Buda, un maestro de la compasión y de la misericordia.

¿Estás dispuesto a tomarlo para ti?"

Y el alma contestó: *"Sí quiero"*.

En el momento adecuado, este alma, que quería llegar a ser un Buda, nació en la Tierra. Llegó a ser un rey, y aunque su tierra fue por tomada enemigo, el rey no sintió ningún odio por éste. No quería ninguna venganza. Murió en gran pobreza, pero pronto nació otra vez como un campesino, se casó y tuvo muchos niños a los que amó con todo su corazón. Pero hubo guerra y soldados extranjeros tomaron a los niños y los vendieron como esclavos. El campesino nunca volvió a verlos de nuevo; él no dejó que el odio por los soldados entrara en su corazón, a pesar de que habían tomado a sus niños. Y así él murió.

Otra vez volvió a la Tierra, esta vez como un niño de padres pobres. Cuando era todavía muy joven, sus padres murieron por una epidemia, pero nadie quería cuidar de él ni

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

darle comida como huérfano. El niño vivió en los graneros que las personas habían dejado en los campos, pero nunca dejó entrar el odio por aquellas personas a las que rogó por comida.

Así en la Tierra, aquel alma que quería ser un Buda, vivió vida tras vida. Nació siempre de nuevo, y en cada vida tuvo que sufrir, pero nunca dejó infiltrar el odio ni el deseo de venganza por esos que le habían causado sufrimiento.

Cuando este alma dejó la Tierra y apareció frente a Brahma, el dios le habló y le dijo:

"Todo lo que tenías que aprender para llegar a ser un Buda, un Maestro de la Misericordia y la Compasión, ya lo hiciste. En tu próxima vida en la tierra serás un Buda, y cuando vuelvas al cielo serás tan reconocido como los dioses; igual que lo hacen frente a nosotros, también se inclinarán frente al Buda."

En la India, en aquel tiempo, gobernaba un rey cuyo nombre era Suddhodana; su esposa, la reina, se llamaba Maya, y una noche ella tuvo un sueño: se vio rodeada por una muchedumbre de personas que se inclinaban ante ella. Cuando le contó el sueño al Rey Suddhodana, éste llamó a los hombres más sabios de su reino para que le dijeran qué significaba. Los hombres sabios tuvieron un concilio, y cuando hubieron hablado entre ellos, el más viejo dijo:

"Regocíjese, reina Maya, tendrá un hijo que será el más grande entre los hombres."

El hombre sabio continuó: "Pero su hijo tendrá la opción entre dos clases de grandeza. Si él se queda aquí, en la corte del Rey Suddhodana, llegará a ser un gobernante poderoso; sus conquistas alcanzarán las esquinas de las más lejanas tierras, y muchas naciones lo llamarán "su señor y amo". Pero él puede hacer también otra cosa; puede abandonar su trono, renunciar a la gloria, fama y tesoros y llegar a ser un humilde mendigo. Si él hace esto, llegará a ser un gran maestro, llegará a ser un Buda, que significa: "Aquel cuya mente se llena con la luz de la más alta sabiduría", o "El Iluminado"

Cuando el rey oyó esto, estuvo complacido de lo que su futuro hijo haría; en todo caso sería un gran y famoso hombre. Pero Suddhodana había decidido que haría todo lo posible para asegurar que él fuera un poderoso gobernante, en lugar de un mendigo sin casa ni hogar.

La reina dio a luz, y aunque ella no lo sabía, en aquel niño habitaba el alma que había ido de sufrimiento en sufrimiento en sus otras vidas antes de llegar a ser un Buda. El muchacho fue llamado Siddhartha, y a él se le enseñaron muchas cosas hijo del rey tenía que aprender: cómo manejar un carro, cómo usar un arco y las flecha, y otras cosas más.

Siddhartha no se comportaba como los otros príncipes lo hacían. Algunas veces, compitiendo en su carro, cuando con sus caballos estaba bien delante de los otros oponentes, el príncipe se detenía deliberadamente y permitía que otro ganara. Hallaba poco placentero las carreras de caballos cuando veía que los animales eran esforzados más de la cuenta.

Las flechas de Siddhartha nunca perdían un blanco cuando el objetivo era un pedazo de madera, pero el príncipe se negaba a ir de caza y a probar su habilidad con los animales

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

vivos. Los otros hombres jóvenes de noble nacimiento, a menudo se reían del futuro rey que no cazaba a los animales del bosque, pero Siddhartha no prestaba atención a las risas.

Uno de estos hombres jóvenes de la corte de Suddhodana era su primo y se llamaba Devadatta. Él sí estaba muy orgulloso de su habilidad con el arco y la flecha, y estaba listo siempre a practicar con cualquier animal que veía.

Un día, Devadatta estaba en los jardines del palacio, cuando una bandada de cisnes salvajes voló sobre su cabeza. Pensando que los pájaros blancos sobre el cielo azul hacían un blanco maravilloso, rápidamente sacó su arco, lanzó su flecha en dirección a los pájaros y ésta atravesó el ala de un cisne. El pájaro voló lentamente y, aleteando llegó a otra parte de los jardines, cayendo cerca al Príncipe Siddhartha. La sangre fluía del ala cuando el príncipe lo levantó. Al principio, el pequeño cisne parecía asustado, pero un solo toque de la mano de Siddhartha lo tranquilizó. El príncipe sacó el pedazo de la flecha y le puso unos ungüentos en la herida. Entonces un sirviente llegó y dijo:

"Mi amo, el príncipe Devadatta disparó a un cisne y él vio que cayó en alguna parte de los jardines. ¿Lo habéis visto, príncipe Siddhartha?"

Siddhartha replicó:

"Sí, éste es el cisne, pero voy a preservarle la vida. Devadatta no puede tenerlo."

Cuando el sirviente entregó este mensaje, Devadatta se enojó muchísimo; fue a donde Siddhartha estaba y pidió que le devolviera su cisne. Pero Siddhartha se negó y no se lo permitió.

Al final, ambos príncipes estuvieron de acuerdo en que su disputa debía ser remediada por los hombres sabios de la corte. Cuando los hombres sabios escucharon la historia completa, dijeron:

"Ciertamente, el que salva la vida de un ser viviente tiene más derecho que aquél que sólo quiere matarlo."

Así, Siddhartha cuidó del cisne hasta que estuvo lo suficientemente bien como para volar lejos. Pero Devadatta desde aquel momento lo odió.

El Rey Suddhodana, el padre del gentil y amable príncipe Siddhartha, no deseaba que su hijo llegara a ser otra cosa más que un gran guerrero que conquistara muchas naciones. Ciertamente no quería que su hijo llegara a ser un Buda, ni que viviera como un mendigo sin casa ni hogar, así que preguntó a los hombres sabios de su corte:

"¿Qué puedo hacer para estar seguro de que mi hijo llegará a ser un gran rey en lugar de un maestro que vivirá en pobreza?"

Los hombres sabios le dijeron:

"El príncipe es muy joven, toda su vida hasta ahora ha vivido en un palacio bello con jardines espléndidos; no ha visto la pobreza, no ha visto a ninguna persona vieja ni enferma, nunca a vivenciado la muerte de ninguna persona, ni siquiera un cuerpo muerto. Si quiere que

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

sea un gran guerrero, debe seguir así; no debe ver vejez, sufrimiento, enfermedad ni muerte; si ve cualquiera de estas cosas ciertamente se irá del reino."

Desde ese día el Rey Suddhodana hizo todo lo que estaba en su poder para que su hijo no viera cualquier cosa triste ni a nadie que sufriera. Se veían sólo personas jóvenes, saludables y bellas en la corte. Alrededor del palacio, el rey mandó construir, no una, sino tres paredes altas para que el príncipe, ni por casualidad, viera un resplandor fugaz de muerte y enfermedad entre las personas de afuera. Dentro de las paredes del palacio y en el jardín se practicaban todos los entretenimientos posibles y placeres para el príncipe: juegos, competencias, música y deportes, pero a nadie se le permitía mencionar la enfermedad, la muerte ni el dolor en su presencia.

Siddhartha parecía muy contento con esta vida agradable. Cuando fue mayor, se casó con una bella princesa. Era tan feliz que su padre pensó que ya no necesitaría preocuparse más por su hijo.

Un día, el príncipe anunció que quería salir en su carro más allá de las paredes del palacio y atravesar la ciudad. Cuando el Rey Suddhodana oyó esto, inmediatamente envió a sus heraldos a la ciudad para decir que cuando el Príncipe Siddhartha atravesase las calles, nadie que fuera viejo o que estuviera enfermo debería estar visible. El rey también había ordenado que no hubiera ningún entierro y que las personas se pusieran sus mejores ropas y decorasen sus casas con flores.

Ese día llegó. El carro del Príncipe Siddhartha atravesó la ciudad. Al lado del príncipe estaba Channa, su conductor, quien manejaba los caballos. Dondequiera por donde ellos pasaban una muchedumbre de personas jóvenes y saludables que estaban de pie en las calles les saludaban. Pero sucedió que el carro de pronto dio la vuelta en una esquina. Un hombre viejo, de repente, atravesó la calle. Nadie sabía cómo llegó hasta allí, y las personas más tarde dijeron que se trataba de uno de los dioses que había tomado forma humana. Pero quienquiera que hubiera sido, era un hombre viejo e inclinado por los años, con el cabello blanco, la piel arrugada y los ojos que reflejaban una gran profundidad.

Entonces Siddhartha preguntó:

"¿Qué le ha pasado a este hombre que es tan diferente a los otros?"

El chofer del carro sólo podía decir la verdad:

"Ese es un hombre viejo. Todos los seres humanos se ponen así cuando han vivido por mucho tiempo".

Cuando el príncipe oyó esto, mandó al conductor que regresara al palacio. No podía disfrutar más de los jardines, de los entretenimientos y de los placeres. Por muchos días se mantuvo en profundo pensamiento, pero después, cuando olvidó a aquel hombre, siguió viviendo como hasta antes lo había hecho.

Después de un tiempo, Siddhartha salió del palacio y fue nuevamente a la ciudad en su carro con Channa. La muchedumbre en las calles era toda joven y saludable. De nuevo, los heraldos del rey habían decretado que ninguna persona vieja ni enferma saliera ese día. Cuando pasaron por la ciudad, el Príncipe Siddhartha vio sólo hombres y mujeres que eran

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

jóvenes y fuertes como él. Pero de nuevo, algo pasó contra la orden del rey; justo cuando el carro se desviaba, un hombre apareció en su camino. Su cara era pálida, su piel esta cubierta de yagas, sus manos temblaban y apenas podía andar con ayuda de un palo. Nadie sabía quién era, ni de dónde había salido. Nadie supo a dónde fue después. Cuando el Príncipe Siddhartha vio la figura lastimosa, preguntó a su conductor:

-*¿Qué sucede con este hombre?*". Y el conductor contestó:

-*"Debe estar enfermo, padece de alguna enfermedad."*

Y Siddhartha preguntó extrañado:

-*"¿Enfermo, enfermedad? ¿Qué significa?, nunca he oído de eso"*.

El conductor le explicó que cualquier persona podía, en cualquier momento, caer enferma; y que nadie estaba seguro de no enfermarse.

Cuando el príncipe oyó esto, le dijo al conductor que lo condujese de regreso al palacio. Estaba triste. Ya no podía disfrutar de los jardines ni de los placeres cuando pensaba en cómo las personas padecían toda clase de enfermedades. Después de aquello, puso trató de apartar todo eso fuera de su mente. Olvidó al hombre enfermo, así como había olvidado al hombre viejo.

A menudo, el príncipe Siddhartha quería salir del bello palacio y de la agradable compañía que le era provista por la corte real. Había tanto para mantenerlo entretenido y ocupado, que no existía ni una razón para que él quisiera salir fuera del palacio. (Pero aún la vida más agradable y cómoda puede ponerse aburrida si no hay nada cambio). Así es que, una y otra vez, hizo saber que quería volver a dar una vuelta por la ciudad.

Tan pronto como su padre oyó esto, los heraldos salieron y advirtieron a las personas que ningún viejo ni enfermo estuviera en las calles ese día, si no serían castigados severamente.

Y cuando el príncipe y su conductor se dirigían por la ciudad, una procesión extraña apareció. Una fila de hombres y mujeres caminaba en medio de la calle; lo hacía tan lento que el carruaje de Siddhartha tuvo que detenerse. Los hombres al frente de la procesión llevaban en sus hombros una camilla en la cual yacía una figura humana toda envuelta con vendas. Detrás le seguían hombres y mujeres que lloraban y sollozaban, y nadie sabía quiénes eran ni de dónde habían venido.

El príncipe miró este extraño espectáculo y preguntó al conductor:

-*"Dime, ¿qué es esto? ¿Por qué personas lloran estas personas? ¿Y por qué nos hacen detener?"*

El conductor contestó:

-*"Mi señor, lo que Usted ve, es un entierro."*

-*"¿Un entierro?"* dijo Siddhartha

-*"¿Qué significa eso?"*

Y el conductor volvió a contestar:

-*"Esa figura en la camilla es el cuerpo de un hombre que ha muerto. La familia del hombre muerto está llevando su cuerpo a un lugar donde será enterrado"*.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

Y el príncipe siguió preguntando:

"¿Un hombre que ha muerto? ¿De qué estás hablando? ¿Qué le ha pasado a ese hombre?"

El conductor le explicó que ningún ser humano puede vivir para siempre.

"Todo el mundo debe morir en algún momento: de vejez o de enfermedad, en accidente o en guerra. Todo ser humano debe morir algún día."

El Príncipe Siddhartha nunca había oído acerca de la muerte. Ahora él se dio cuenta que no sólo las personas en la ciudad morirían en algún momento, sino que también sus amigos, padres, hermanos, hermanas y él mismo. Se sintió tan triste que dio la orden de regresar al palacio.

Mientras Channa conducía el carruaje de regreso al palacio, el príncipe recordaba al hombre viejo y al hombre enfermo que había visto antes; pero lo peor de todo era que no podía olvidar al hombre muerto. Desde que ese día en adelante, el Príncipe Siddhartha sintió que nunca sería nuevamente feliz.

Cuando llegó al palacio, un sirviente vino a decirle que su esposa le había dado un hijo. Siddhartha fue a verlos y todo lo que pudo decir fue:

"Esto lo hace todo aún más difícil"; pero su esposa no entendió lo que eso significaba.

Esa noche se dio una gran fiesta en el palacio para celebrar el nacimiento. Había música y mucha alegría, pero el príncipe observó la celebración calladamente. Muy tarde, por la noche, al acabar la fiesta, todas las personas se acostaron y pronto el palacio entero estuvo tranquilo.

Cuando todos estaban dormidos, el príncipe Siddhartha salió de su cuarto; suavemente caminó al cuarto donde su esposa e hijo estaban durmiendo. Una penumbrosa lámpara desprendía algo de luz en el cuarto, y aunque él ansiaba tocar a su hijo, no quería despertar al bebé ni a la madre. Después de observarlos largamente, se volvió y salió.

Entonces llamó a su fiel conductor y le dijo que ensillara al mejor caballo. Channa se sorprendió de que quisiera cabalgar en medio de la noche, pero el príncipe Siddhartha le dijo:

"Daré mi último paseo. Esta noche salgo de mi hogar y familia."

Cuando el caballo estuvo listo, Siddhartha lo montó de manera cuidadosa, y lentamente se alejó para que el sonido de los cascos no perturbara a nadie.

Por poder de los dioses, los soldados de guardia en la verja del palacio se quedaron dormidos y se despertaron cuando todo había pasado. El fiel conductor acompañó al príncipe y cabalgaron lejos del palacio, fuera de la ciudad.

Habían avanzado una gran distancia, cuando el príncipe se detuvo, desmontó y cambió sus túnicas reales por harapos de tela áspera usadas por los ermitaños. Dio sus túnicas y el caballo al conductor, y le dijo que se las llevara de vuelta al palacio, que contara a su familia que el príncipe había partido al mundo por un buen tiempo.

Y así empezó una nueva vida para Siddhartha.

Siddhartha, el mendigo sin techo

El príncipe Siddhartha había dejado su hogar real y todos los placeres y joyas que el padre tan cuidadosamente dispuso para él. De cualquier manera, él no había abandonado a su familia y a su pequeño hijo por razones egoístas. Eso hubiese sido equivocado porque Siddhartha tenía el corazón lleno de pesar y compasión por toda la gente del mundo que sufría. Y quería encontrar un camino que trajera confort y ayuda a todas aquellas personas. Pero para hacer eso él tenía que dejar su propia felicidad, él tenía que dejar a su familia y su vida de placeres, en el palacio.

Esto es lo que encontrarán una y otra vez en la historia: grandes hombres y mujeres que han ayudado a miles de otra gente, a menudo han tenido que dejar o sacrificar su propia felicidad.

Así el príncipe Siddhartha ya no era más un príncipe sino sí un humilde mendigo. Siempre había tenido todo en abundancia pero ahora tenía que pedir algo de comer.

Cuando se sentó por primera vez en su camino a comer lo que la gente había puesto en su cuenco, pedazos de viejos vegetales y pan o arroz que había sido cocinado días antes, apenas pudo tragarlo. Entonces él dijo a sí mismo:

—*“Esta será mi comida en el futuro. Debo acostumbrarme a ello”.*

Y se forzó a sí mismo a comer, y asea que le gustara o no. Pero Siddhartha no perdió el tiempo ni pidiendo comida ni comiéndosela. La mayor parte del tiempo lo pasaba pensando sobre la pregunta:

—*“¿Qué puedo hacer para ayudar a tanta gente infeliz en el mundo?”*

Durante un tiempo no pudo encontrar la respuesta. Entonces se encontró con otro hombre santo que le dijo:

—*“Si podía pasarse sin comer lo más que pudiera, los dioses le enviarían una señal o respuesta a su pregunta.*

Así Siddhartha dejó casi sin comer, ayunó por días y se puso tan delgado y demacrado que nadie lo hubiese reconocido.

Un día se desmayó totalmente exhausto. Cuando volvió en sí, se dijo a sí mismo:

—*“Ahora sé que ayunar no es la forma correcta para encontrar la respuesta a mi Pregunta”.* Y comenzó a comer todo lo que la gente volvía a darle.

Pero, aunque aún no conocía la respuesta, el momento estaba cerca. Cuando se convirtiera en buda todo el sufrimiento que había vivido y experimentado en otras vidas daría sus frutos.

Un día en la estación de calor, cuando el sol quemaba, Siddhartha llegó a los alrededores de un pequeño pueblo. Vio una gran higuera y se sentó a su sombra. Y como tantas otras veces, su mente retomó la gran pregunta:

—*“¿Qué puedo hacer para ayudar a toda la gente del mundo que sufre?”*

Pero los malos espíritus y demonios sabían que el momento estaba cerca, cuando Siddhartha recibiría una respuesta y sería un buda.

Así Mara, el señor de la ilusión, rey de los demonios, llamó a miles y miles de monstruos y espíritus. El cielo se oscureció por una nube negra que estaba formada por los demonios; demonios con llameantes lenguas, demonios con diez brazos, demonios con garras y colmillos, demonios como serpientes y dragones.

Aquél vasto ejército de demonios se cayó en picada sobre el solitario mendigo debajo de la higuera. Siddhartha, sin embargo, estaba tan profundo en su pensamiento que era tan poderoso que se formó como un arcoíris sobre él. Un arcoíris a través del cual ningún mal podía penetrar.

Los demonios tiraron piedras, lanzas y flechas a Siddhartha, pero todas las armas perdían su fuerza al tomar contacto con el arcoíris.

Desesperados, los demonios se tiraban ellos mismos contra el arcoíris para atravesarlo. Se clavaban, lo golpeaban, y arrastraban sus cabezas contra él, pero era tan duro como el diamante.

Y en todo ese tiempo Siddhartha no se dio cuenta del enjambre de monstruos. Él se mantenía tranquilo y calmado en sus pensamientos.

Cuando Mara, el rey de los demonios, vio que su ejército de horrores no podía dañarlo, pensó en otro truco. Dispersó a todos sus demonios y se transformó en la figura de un ser humano. Corrió hacia el árbol y lo llamó:

—*¡Príncipe Siddhartha! Tengo un mensaje de tu esposa: tu pequeño hijo está enfermo y sólo vivirá unos pocos días más. Ven rápido, quizás cuando el niño te vea, se recuperará.*

Pero Siddhartha contestó:

—*“Todo hombre deberá morir más temprano o más tarde, yo debo encontrar consuelo para todo sufrimiento, no solamente para mí, o la pena de mi esposa si nuestro hijo debe morir”.* Entonces Mara dijo:

—*“Enemigos han invadido el país de tu padre, él necesita el brazo fuerte de su hijo o perderá sus tierras y su mujer”.* Pero Siddhartha contestó:

—*“Reyes han perdido sus tierras y la vida anteriormente. Yo debo encontrar consuelo para todas las penas, no solamente la de mi padre”.*

Mara entonces supo que estaba derrotado. Se marchó con sus poderes inservibles.

Iluminación bajo la higuera

Una vez que Mara, el rey de los demonios, se hubo retirado, Siddhartha entró en una profunda concentración de su pensamiento. Ya no estaba consciente de nada a su alrededor. Ni siquiera permitió que sentimientos de hambre, sed o cansancio molestaran su pensamiento.

¿Y cuáles eran sus pensamientos?

Se centraban realmente en una sola una pregunta:

¿Cómo podía la gente liberarse de la maldad?

Pasó un día y su noche mientras Siddhartha estaba sentado preguntándose con todo su corazón y mente:

—¿Cómo puede el alma liberarse ella misma de la maldad?

Al final de la primera noche era como si su mente hubiese abandonado su cuerpo. Vio uno de los grandes secretos del mundo. Vio que las almas de los seres humanos no mueren cuando muere el cuerpo. Las almas vivían por un tiempo en un mundo superior y luego regresaban a la Tierra y volvían a nacer.

Pero por cualquier mala acción, por cualquier daño que causaran, por cada mentira que contaban en una vida, en la vida siguiente debían pagar con infelicidad, pesar, enfermedad o pena.

Entonces Siddhartha supo que el primer paso para estar libre del mal es saber que un día deberás pagar por cualquier mala acción, y si no es en esta vida, entonces será en la siguiente.

Siddhartha no estaba conforme con esta respuesta y su mente aún estaba con la pregunta:

—¿Cómo puede el alma ser libre del mal?

Se quedó en profundos pensamientos sin comida, bebida o sueño, y así pasó el segundo día y la segunda noche. Entonces, liberado de su cuerpo, su mente vio el alma de los hombres ir de una vida en la Tierra a otra, y pagando en una o la otra por la maldad que habían hecho. Ahora Sidarta pudo ver dentro de las almas. Pudo ver lo que hace que la gente haga cosas malas, tales como dañar al otro por maldad o palabras o mentiras.

Vio que detrás de todo mal está el egoísmo. Entonces Siddhartha supo que para poder ser libre del mal, el alma debe entender que toda maldad proviene del egoísmo. Pero Siddhartha aún no estaba satisfecho con la segunda respuesta. Así que se quedó en profundos pensamientos sin comida, sin bebida, sin dormir por un tercer día y una tercera noche.

Durante la noche su mente, liberada del cuerpo, se elevó a grandes alturas y vio que todas las almas humanas habían venido hace mucho, mucho tiempo, de una gran alma; el alma de todos los géneros humanos, y tal como pequeñas gotas pueden venir de un gran lago o muchas chispas pequeñas nacen de un gran fuego, así Siddhartha vio que esta gran alma del género humano, de donde todos venimos, estaba llena de amor.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

Estaba tan llena de compasión por todo ser en el mundo que no había espacio para ningún egoísmo.

Cuando Siddhartha vio la gloria del amor y bondad que está en el alma de toda la humanidad, fue como si su mente estuviese flotando en la luz. Al final supo la respuesta a su pregunta: *el alma se libera del mal a través del amor, la bondad, la compasión, preocupándose más y más por los demás.*

Esta experiencia de la tercera noche, por ser similar a una hermosa luz interior, es llamada iluminación.

Y Sidarta, que fue el primero que tuvo tal experiencia, fue desde ese momento llamado "El Iluminado" o en sánscrito, el idioma hindú, "Buda".

Desde aquel día en más Siddhartha fue conocido primero en la India, y luego en todo el mundo, como "Buda el gran maestro del amor y compasión" que pudo mostrar a otros cómo ser libres del mal.

Pero Siddhartha estaba realmente sólo preparando el camino para el gran alma de los seres humanos, que había visto sentado debajo la higuera, que nacería en la Tierra quinientos años más tarde como Jesús Cristo.

El resto de la humanidad tenía que esperar a que viniera Jesús a la Tierra, pero Siddhartha, el Buda, lo vio mucho tiempo antes, en la tercera noche, la noche de la Iluminación, que se dice que fue la noche de luna llena de mayo.

Aportación: Colegio Waldorf Lima

Otras historias sobre la Antigua India se encuentran todas juntas en el enlace:

<https://ideaswaldorf.com/antigua-india-c-k/>